

NAVIO DE GUERRA.

Entre las erecciones del hombre mas dignas de maravilla, ocupan uno de los primeros lugares, sin duda alguna, esos inmensos armarzones de madera destinados á surcar atrevidamente los mares, desafiando el furor de las olas y rigor de los vientos. Por este medio el hombre ha salvado las enormes extensiones de agua que separaban antes los pueblos, y se han puesto en comunicacion, estableciendo lazos de fraternidad que de otro modo no existirian nunca, regiones condenadas, á no ser por la navegacion, á vivir eternamente ignoradas unas de otras. Una vez facilitado el tránsito libre por el mar, hizo necesario atender á la seguridad recíproca de los navegantes y á los medios de su defensa, y de ahí el origen de la marina de guerra, que ha venido á ser uno de los mayores elementos de fuerza y de poder de las naciones.

Los navios que son la mayor y mas importante especie de los buques de aquel género, merecen por mas de un concepto fijar la atención, no ya de los que tengan conocimientos ó relaciones marítimas, sino de todas las personas curiosas. El grabado que encabeza

este número da una idea completa de la cubierta de una embarcacion de este género: el que estampamos en la página 155 la dá mas detallada aun de todas las divisiones y distribuciones de un navio de guerra, cuyo corte perpendicular representa. Estas láminas hacen superfluo todo género de esplicaciones.

NOTA

DE LAS PERSONAS QUE INTERVIENEN EN LA HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1).

El cura del lugar de don Quijote, *Pero Perez*.

El barbero de ídem, *maese Nicolás*.

(1) El único objeto que nos hemos propuesto al formar esta nota ó extracto, y en verdad, por orden cronológico, de las principales aventuras de Don Quijote, cuyo resumen se inserta mas adelante, es el de que quales de nuestros lectores recorran con facilidad las bellas de todas clases en que abunda el libro del inmortal ingenio de Cervantes.

Alfonso Lorenzo, ó sea Dulcinea del Toboso.

El dueño de la venta donde se armó caballero.

Las mozas del partido que iban á Sevilla y que se hallaban en la citada venta, llamadas *la Tolosa* y *la Molinera*.

Juan Haldudo, el rico vecino de Quintanar.

El muchacho *Andrés*, criado del anterior, á quien su amo tenia estado á una encina y le estaba pegando muchos azoles con una pretila, por suponer que por su descuido le faltaba cada día una oveja de las que guardaba.

Los seis *mercederes toledanos* que iban á comprar seda á Murcia, y uno de los mozos de mulas que llevaban.

El *labrador* que le encontró en el suelo sin poderse mover de los golpes que le pegó dicho mozo de mulas, y que por compasión le llevó al pueblo.

El ama de don Quijote.

La sobrina de ídem.

Su escudero *Sancho Panza*.

Mari Gutiérrez ó Teresa Panza ó Cascajo, mujer del anterior.

Los dos *frailes* de la orden de San Benito, á quienes encontró en el puerto Lápice, y sus mozos.

La *señora vizcaína* que iba á Sevilla en un coche á revouirre con su marido.

Don Sancho de Azpeitia, escudero, tambien vizcaíno, que dijo á don Quijote aquello de «anda caballero, que mal andes, etc.»

El *muchacho* que fué á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero de el Alcazar de Toledo.

El *morisco* ajamiatado que tradujo al castellano por dos fanegas de trigo y dos arrobas de pasas la «Historia de don Quijote, escrita en arábigo por Cide Hamete Benengeli», cuya historia comprendia uno de dichos cartapacios, los cuales y los demás papeles compró el autor por medio real.

Los *cabreros* que obsequiarán á don Quijote.

El *zagal* compañero de aquellos llamado *Antonio*.

Los seis *pastores* vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnalda de ciprés y de amarga adelfa, que concurrían al entierro de su compañero *Grisóstomo*.

Los dos *gentiles hombres* de á caballo, llamado uno *señor Fivaldo*, que iban con los anteriores y con tres mozos de á pie que los acompañaban.

Los *cinco pastores* que por la quiebra de dos altas montañas bajaban, todos con pellicos de lana negra vestidos, seis de los cuales conducían en unas andas el cuerpo de *Grisóstomo*.

La hermosa pastora *Marcela*.

Los *arrieros yangueros* que llevaban una manada de vacas galicianas.

El *ventero* á donde fueron á parar don Quijote y Sancho Panza despues de apalcados por los anteriores, y cuya venta se imaginó el primero que era castilla.

La *muger ó hija* de dicho ventero.

La moza asturiana llamada *Martirnes*.

El *arriero rico de Arévalo* que se encontró en la repetida venta, algo pariente de Cide Hamete Benengeli.

El *cuadrillero de la Santa Bernarda vieja de Toledo* que asió de las barbas á don Quijote despues de lo ocurrido en el campareñon con Martirnes y los demás.

Los *cuatro perillas* de Segovia, los *tres agujeros* del poltro de Córdoba y los *dos cocinos* de la hería de Sevilla que mantearon á Sancho Panza.

Los *pastores y ganaderos* de los dos rebaños de ovejas que se le figuraron ser los ejércitos del emperador Alifanfarrón y de su contrario Pantapalm.

Los *encamisados* que, de noche, á caballo y con hachas encendidas, llevaban desde Baeza á Segovia un cadáver dentro de una librea.

El bachiller *Alfonso Lopez*, natural de Alcobendas, uno de dichos encamisados, á quien tanto mal trató *Don Quijote*, si bien luego le pidió perdon del agravio.

El *barbero* á quien quitó la vacía de azofar que llevaba en la cabeza, por suponer que era el yelmo de *Mambrino*.

Ginés de Pasamonte, ó *Gineallo de Parapilla* y los otros once galeotes, á quienes dió libertad.

Los dos *hombres* de á caballo y los dos de á pie que custodiaban y conducían á los anteriores.

El *cabrero de Sierra Morena*, que dió razón del sugeto de quien eran el coga y la maleta que se encontraron.

Cardenio.

La bella *Dorothea*.

Don Fernando y su esposa *Luscinda*.

Los cuatro *hombres* que iban á caballo á la gineta, con lanzas y adargas y con antifaces negros, y los dos mozos de á pie, todos los cuales entraron en la venta donde servia *Martirnes*.

Lela Zoraida y *Rui Perez de Vidma*, capitan cautivo, que la acompañaba.

El licenciado *don Juan Perez de Vidma*, hermano del anterior, oidor de la audiencia de Méjico, su hija *Doña Clara* y los hombres de á caballo que acompañaban á ambos.

El caballero *don Luis*, supuesto mozo de mulas, novio de la doña Clara, «*que de tal manera cantaba que encantaba.*»

Los *cuatro hombres* de á caballo muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones, que iban en busca del *don Luis*, de órden del padre de este.

Los dos *hulapetes* que habian intentado irse de la venta sin pagar lo que debían.

Los *tres cuadrilleros* que entraron en la venta y que tomaron parte en la gran contienda que se armó sobre la vacía y albarda que quitó *don Quijote* al barbero que encontró en el campo.

El *Canónigo de Toledo* y los otros cinco ó seis criados suyos que encontraron á *don Quijote* metido en la jaula y á los que le custodiaban.

El *cabrero Eugenio*, que iba tras la hermosa *cabra* que tenia toda la piel manchada de negro, blanco y pardo.

Los *hombres vestidos de blanco*, á modo de disciplinantes, que llevaban en procesion y rogativa á la Virgen.

El *boyero* del carro donde iba don Quijote metido dentro de la jaula.

El bachiller *Sancho Carrasco*.

El *mozo de mulas* criado de un labrador rico del Toboso, que iba cantando el romance de

«*Mala la hubiste, franceses,
en esa de Roncesvalles.*»

Las *tres labradoras* del Toboso que iban sobre tres pollinos ó pollinas, las cuales supuso Sancho que eran Dulcinea y dos doncellas suyas.

Los *cómicos* de la compañía de Angulo el malo.

El *Caballero del Bosque ó de los Espejos*.

Tamé Cecial, escudero del anterior.

Don Diego de Miranda, ó el caballero del verde gabán, y su esposa doña *Cristina*.

Don Lorenzo, hijo de los anteriores.

Los *pastores* que estaban junto al camino ordeñando unas ovejas, á los cuales compró Sancho unos requesones, que melió, por la prisa, en la celada de su amo.

El *conductor* del carro donde iban los leones que el general de Oran enviaba á la corte, presentados á S. M.

El *leonero* á quien obligó don Quijote á que abriese la jaula donde iba el leon macho.

Los dos *labradores*, el *Licenciado* y el bachiller *Carhuelo*, que iban caballeros sobre cuatro bestias usuales.

Camacho el rico.

La hermosa *Quiteria*.

El despedido *Basilio*.

Los *músicos* regocijadores de la boda de los dos primeros.

Los muchos que andaban ocupados en levantar andamios de donde, con comodidad, pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer para celebrar las bodas de que se ha hablado antes.

Los *cinuenta ó mas cocineros y cocineras* que estaban preparando la opípara comida de las referidas bodas.

El otro *ecónomo* que dió á Sancho tres gallinas y dos gansos, indicándole que se desayunase con aquella espuma, en tanto que se llegaba la hora del yantar.

Los *doce labradores* que sobre doce hermosísimas yeguas y con ricos y vistosos jaezes dieron muchas carreras por el prado.

Los *veinticuatro zagales* que componian la danza de las espadas, y el que las guiaba.

Las *doncellas hermosísimas* que componian la otra danza, tan mozas que, al parecer, ninguna bajaba de catorce, ni llegaba á diez y ocho años, y el venerable viejo y la anciana matrona que las guiaban, y tambien el que las hacia el son con una gaita zamorana.

Los que representaban ocho *Ninfas*, y el dios *Capido*, y el *Interés* que guiaban á aquellos.

Los *cuatro diestros tañedores de tamboril y gaita* que hacian igualmente el son á los anteriores.

Los que figuraban los *cuatro saltejes* que tiraban del castillo de madera llamado del buen recato.

La parentela de los novios *Camacho* y *Quiteria*, el *Cura* y toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiestas, que acompañaban á los primeros.

El famoso *estudiante*, primo del licenciado que acompañó á don Quijote á la Cueva de Montesinos.

El *sota-armataño* á quien pidió Sancho de lo caro, y le respondió

que no lo tenía su amo, pero que si quería agua barata se la daría de muy buena gana.

El *hombre* que llevaba un macho cargado de lanzas y de alabardas, y que luego contó en la venta la historia del rebuano.

El *mancueto* que iba á sentar plaza, y que, entre otras seguidillas, cantó aquella de

*«A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros
no fuera en verdul.»*

El *muchacho* criado de Mase Pedro, intérprete y declarador de los misterios del retablo de aquel.

El *dueño de la venta* donde, entre otras cosas, ocurrió el destrozo de las figuritas de dicho retablo.

Los *doscientos ó mas hombres armados* de diferentes suertes de armas, como lanzones, ballestas, partesanas, alabardas, picas, arcabuces y rodelas, del pueblo del rebuano, que por no haber salido á la batalla sus contrarios se volvieron á sus casas regocijados y alegres.

Los *molineros* que detuvieron el baneo donde se metieron don Quijote y Sancho.

Los *pesCADORES* dueños de dicho barco.

El *Duque*, la *Duquesa* y los *cazadores* del primero.

Las *dos hermosas doncellas* que al entrar en el gran patio del castillo de los Duques echaron sobre los hombros á don Quijote un gran manto de finísima escarlata.

Los *criados y criadas* que en un instante coronaron todos los corredores del patio de dicho castillo.

La *dueña doña Rodriguez de Grijalva* y las otras que la acompañaban.

Las *seis doncellas* que desarmaron á don Quijote y le sirvieron de pajes.

Los *doce pajes* que con el maestresala le llevaron á comer con los duques.

El *grave eclesiástico* que se hallaba en el castillo de aquellos.

Las *cuatro doncellas* que, acabada la comida, se presentaron con una fuente de plata y otras cosas, y empezaron á lavar y jabonar el rostro de don Quijote.

Los *muchos mozos*, ó por mejor decir picaros de cocina, y otra gente menuda que fueron persiguiendo á Sancho con un artesuello de agua que, en la color y poca limpieza, mostraba ser de fregar.

Los *monieros y cazadores* que concurrieron á la caza de montería que dispusieron los duques.

El *que hacia de postillon*, que en trágé de demonio, anunció que iba á buscar á don Quijote.

Los que componían las supuestas tropas de encantadores, diablos, etc. incluso el mayordomo que hacia de Merlin y que anunció en verso el raro modo de desencantar á la simpár Dulcinea del Tabor.

Los que figuraban los *tres tristes músicos* que acompañaban á los supuestos Trifaldín el de la barba blanca, la condesa Trifaldí y sus doce dueñas.

Los que igualmente figuraban *cuatro salvajes* vestidos todos de verdad yedra, que sobre sus hombros llevaron el gran caballo de madera llamado Clavileño el aligero.

La *mucha gente* que con el maestresala acompañó á Sancho cuando fué á tomar posesión de la Insula Barataria.

Encarnación y Alisidora, doncellas de la duquesa.

El regimiento de la *Insula Barataria*.

El *vastre*, el *labrador*, los *dos hombres ancianos*, la *muger* y el *hombre*, vestido éste de ganadero rico, á quienes administró respectivamente justicia Sancho Panza el primer día que tomó posesión de su gobierno.

Los *cuatro pajes* que al entrar en su palacio el gobernador Sancho señalaron á darle aguamano.

El *que parecia estudiante* que echó la bendición en la mesa.

El *doctor Pedro Recio de Agüero*, natural de Tirtiahuera.

El *correo* portador de la carta del duque.

El *secretario* de Sancho Panza.

El *labrador* de Miguellorro que, entre otras cosas, pidió á Sancho trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de su hijo el bachiller.

Los *corchales y demás* que acompañaron á Sancho en su ronda.

Los *dos hombres* que encontró aquel riñendo en la calle.

El *mozo* que, así como vió la roada, empezó á correr como un gamo.

La *hija* y el *hijo de don Diego de la Llana*, hidalgo principal y rico de la Insula Barataria.

La *criada* que abrió á los dos prieros la puerta de su casa.

Sanchea, hija de Sancho, y la cantidad de mugeres que en el

arroyo del pueblo de aquellos estaban lavando cuando se presentó el paje de los duques preguntando por Teresa Panza.

El *forastero* que hizo á Sancho la pregunta ó consulta de si habia de castigarse ó no al que pasó ciefo puente y dijo la verdad.

Las *veinte ó mas personas* que con bichas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas iban gritando á grandes voces por los corredores del palacio del gobernador Sancho.

Ricote el morisco, tendero del lugar de Sancho, y los *cinco peregrinos* que le acompañaban.

El *estudiante* que al sacar á Sancho de la cueva donde habia caído dijo «que así hablan de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores.»

Los *muchachos* y la mucha gente que rodearon á don Quijote y á Sancho, cuando, fuera ya este de la cueva, se llegaron al castillo de los duques.

El *lacayo gascón* llamado *Tosilos*.

Los *doce hombres* vestidos de labradores que encima de la yerba de un pradito verde estaban comiendo, los cuales conducian, para un retablo que hacian en una aldea, unas imágenes de relieve y entalladura, cubiertas con unos lienzos.

Las *dos hermosísimas jóvenes* vestidas como de pastoras que al ir á romper sus redes se presentaron á la vista de don Quijote y de Sancho.

El *hermano* de una de las anteriores, vestido asimismo de pastor.

Las *treinta ó mas personas*, vestidas tambien bizarramente de pastores y pastoras, compañeros de las anteriores, que se estaban holgando en el campo, y con las cuales contó don Quijote y su escudero.

La muchedumbre de hombres á caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, que conducian toros bravos y mansos cabestros, que otro día habian de correrse en su lugar.

El *ventero* que cenó con Sancho dos manos de ternera cocidas, con sus garbanzos, cebollas y tocino.

Los huéspedes de la venta, *don Juan* y *don Gerónimo*, con quienes habló don Quijote sobre la segunda parte de su historia, compuesta por Avellaneda.

El *capitan Roque Guinart* y sus cuarenta bandoleros.

Claudia Gerónima, hija de Simon Forte, singular amigo de Roque Guinart.

Don Vicente Torrellas, hijo de Clanguel Torrellas, y prometido esposo de Claudia.

Los *criados* que acompañaban al anterior.

Los *dos capitanes* de infantería española, sus *dos mozos* de mulas, los *dos peregrinos*, *doña Guiomar de Quñones*, muger del regente de la vicaría de Nápoles, su *hija pequeña*, la *doncella*, la *dueña* y los *seis criados* que la acompañaban, á todos los cuales detuvieron en el camino los bandoleros de Roque Guinart.

Los *soldados* de las galeras que estaban en el puerto de Barcelona cuando llegó don Quijote, y que disparaban infinita artillería á primera hora del día de san Juan.

Don Antonio Moreno, caballero rico y esperto, amigo de Roque Guinart, y los que salieron con él á recibir á don Quijote.

La *muger* del don Antonio.

Los *muchachos* que á la entrada de Barcelona, alzando el uno de la cola del ruelo, y el otro de la de rocinante, les pusieron y encajaron sendos manujos de alifas.

Los *amigos* de don Antonio Meneno, que honraron y trataron á don Quijote como caballero andante.

El *nastellano* que, yendo de paseo don Quijote con su huésped y con los amigos de este, leyó el rébulo que le pusieron en las espaldas, y exclamó aquello de *«váltate el diablo, etc.»*

Los *muchachos* y toda la gente que se daba prisa á leer dicho rébulo.

Los *amigos* de la muger del río Antonio y las demás personas que concurrieron al sarao que hubo en la casa de este para honrar á don Quijote, y para que todos gustasen de sus nunca vistas locuras.

Las *dos damas*, de gusto picaro y burlesco, que sacaron á danzar á don Quijote, molándole no solo el cuerpo, pero el ánima.

El *sobriño* de don Antonio, estudiante agudo y discreto, responsable de la famosa cabeza encantada.

Los *oficiales de la imprenta* donde entró don Quijote, y el *autor* que estaba en la misma viendo componer el libro toscano llamado *La bagatella* que habia traducido en nuestra lengua castellana.

El *general*, el *cómitre*, la *chusma*, y todos los demás de las galeras que habia en el puerto de Barcelona, en las cuales tanto se obscurió á don Quijote.

El *virrey* de la ciudad.

Las *treinta y seis personas* que habia en el bajel turco apresado por dichas galeras.

El arriero del citado bajel, que se descubrió era *Ana Feliz*, hija de *Ricote el Morisco*.

Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que fe-

CORTE PERPENDICULAR DE UN NAVIO DE GUERRA.

(Las siguientes indicaciones corresponden , con la mayor exactitud posible , por medio de las distancias conservadas entre ellas , á los diversos detalles del grabado ; subiéndolo ó bajándolo con la vista línea por línea , se hallará fácilmente cada uno de los títulos en relación con la parte del navio en que se halla la escena que debe esplicar .)

Marineros bajando de rizar una vela.

Marineros rizando una vela.

Marineros pontendo velas al sol para secarse.

Grumete izando banderas de señal.

Marineros pintando la proa.

Marineros bajando un tonel de agua.

Visita del cirujano.

Comedor y camarote del comandante del buque.

Cocina.

Cámara de los guardias marinos.

Marineros levantándose.

Camarote Comedor y sala de los oficiales.

Cura de un herido.

Rancho de los marineros.

Marineros echando una lancha al agua.

Almacén de velámenes y cordage.

Santa Bárbara.

Almacén de polcas.

Almacén general.

Almacén de paja y heno.

Caballos en la sentina.

Almacén de carnes saladas.

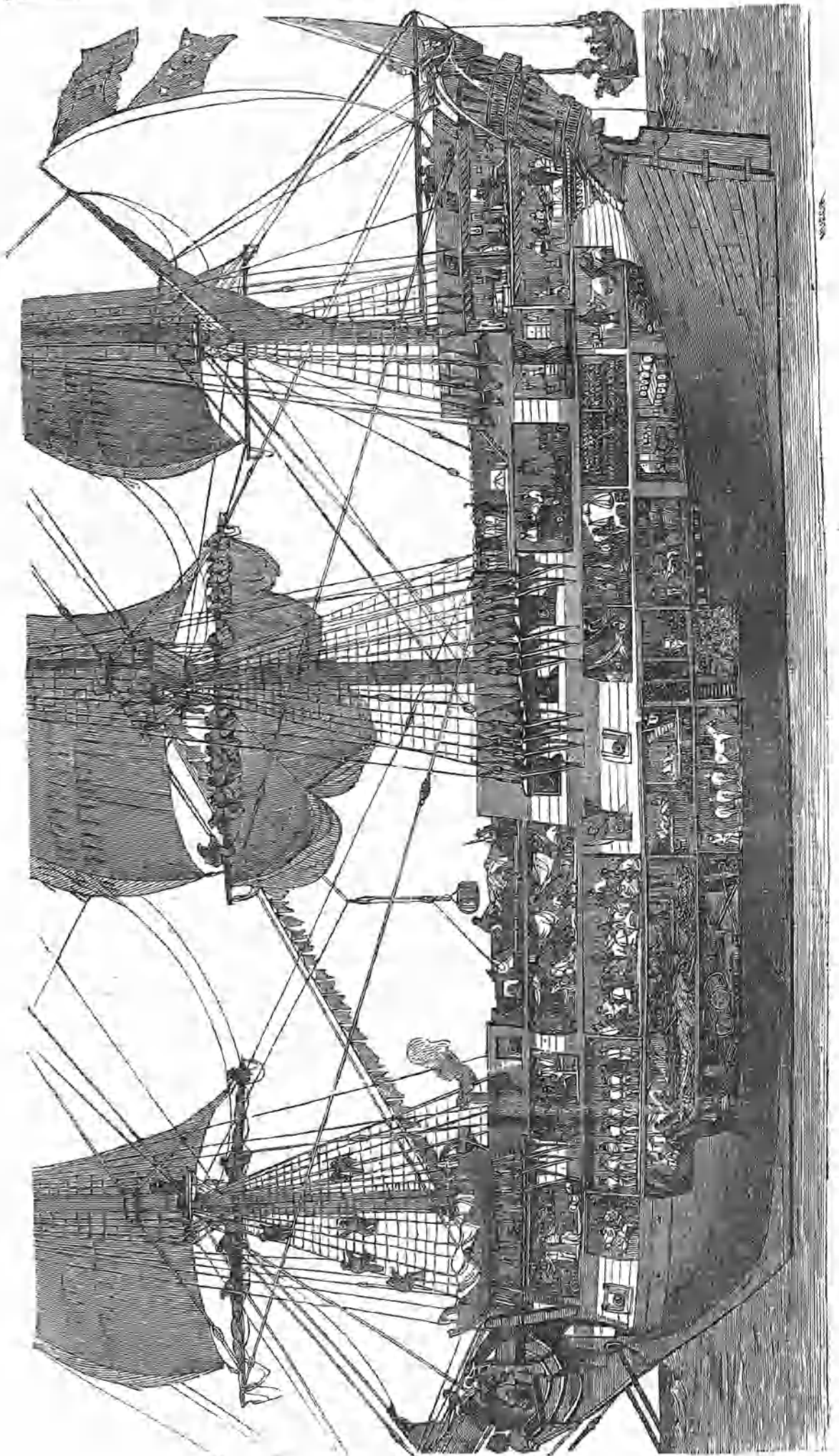
Almacén de balas.

Marineros en el cepo.

Despensa.

Almacén de pan y galleta.

Enfermería.



nia su lugar muy cerca del de don Quijote, amante de Ana Felix.

El *renegado español* que fue á Argel á por el don Gaspar Gregorio.

La mucha gente que por ser fiesta se estaba solazando á la puerta de un mesón, incluso los labradores que consultaron con don Quijote la apuesta de los dos convencinos suyos, el uno que pesaba cinco arrobas y el otro once.

Los *hombres* que llevaban á vender á una feria mas de seiscientos puercos.

Los *dos hombres* de á caballo y *cuatro ó cinco* de á pie que, arbolando sus lanzas se apoderaron de don Quijote y de Sancho.

Don Alvaro Tarfe, caballero de Granada, y los *tres ó cuatro criados* que le acompañaban.

El *alcalde* y el *escribano* que entraron en el mesón donde se hallaba don Quijote y el don Alvaro, y que intervinieron en la declaración que á instancia del primero rindió al segundo, sobre que él no era el don Quijote que andaba impreso en una historia intitulada *«su segunda parte de don Quijote»*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas.

Los *dos moachos* que estaban riñendo en las eras del lugar de don Quijote.

Los *cazadores* que iban persiguiendo la liebre que se agazapó debajo de los pies del rucio.

El *médico* que asistió en su última enfermedad á don Quijote.

El *escribano* que autorizó su testamento, y los demas que se hallaron presentes al acto.

RESUMIO SALOMÓN.

UN DIA DE CAMPO.

(Conclusión.)

Al terminar este diálogo de ternura conyugal llegamos á la puerta de Toledo. Yo me había colocado en la postura mas incómoda posible, y hacia los mayores esfuerzos para atraer el sueño, esperando de este modo hacer mas llevadera la incómodidad del viaje; porque aun resonaban en mis oídos aquellas palabras de don Toribio: *una hora de mal camino*. Efectivamente, á poco rato conseguí dormir, y creo que otro tanto hicieron las personas que me acompañaban. Pero no habia transcurrido un cuarto de hora, cuando un inesperado accidente nos hizo despertar á todos sobresaltados.

Nuestro cochero, confiado sin duda en la zencator y condura de sus caballos, habia abandonado el látigo (que por otra parte era inútil, tratándose de aquel par de rocinos) y se habia encomendado á Morfeo de todo corazón, y para coincidencia! igual determinación habia tomado el conductor de dos ó tres galeras que venian por el mismo camino, pero en direccion opuesta á la que nosotros llevábamos. Encontráronse frente á frente las mulas de la galera y los caballos de nuestro coche, aquellas decididas á no abandonar un punto la línea que se habian trazado, y nuestros jamelgos por un acto de deferencia al sexo femenino, ó porque la ley del mas fuerte impera lo mismo entre los animales irracionales que entre los *racionales animales*, ó en fin, sea por lo que quiera, cedieron un poco de su derecho y se desviaron á un lado; pero no lo bastante para dejar espedito el paso á la primera galera. Sucedió lo que na podía menos de suceder: que las ruedas delanteras del coche chocaron contra las de la galera, produciendo un sacudimiento que nos hizo despertar, como he dicho mas arriba.

La que primero sacudió el sueño fué doña Andrea, y lo hizo dando un grito terrible, que fué para los demás la señal de alarma. Pepita tambien gritaba, creyendo que habia sucedido alguna desgracia. Federico y Carlotos lloraban porque veian conternadas á su madre y hermana. D. Toribio preguntaba refregándose los ojos qué habia sucedido. Y yo quise asomar la cabeza por la ventanilla para informarme de la causa de aquel choque violento ó inesperado detencion; y al hacerlo ¡desgraciado de mí! me olvidé de que tenia sobre mis rodillas el canasto... Me pongo en pié, y entonces ¡ay! entonces aquel almaca ambulante de comestibles, aquel inmenso edificio de hombre, verdadero museo de cazuelas, pucheros, platos, tazas, vasos y botellas, rueda con estrépito horrroyo, magullando los pies de aquella gente, sobresaltada ya por el anterior fracaso, y viene á dar la última mano al cuadro desolador que ofrecia el interior del coche... Me quedé petrificado y sin saber qué hacer ni qué decir... Entre tanto se oian fuera voces como de una acalorada disputa entre nuestro cochero y otra persona que no podíamos ver.

—V. será el bárbaro:—decia uno.—Si V. no se hubiera dormido no hubiera sucedido esto.

—El bárbaro será V.: lo hubiera sucedido esto si V. hubiera estado despierto.

—Lo que le digo á V. es que no me hable mucho, porque....

—Si dice V. una palabra mas, le cruzo la cara....

—¿V. á mí?

—Si señor.

—Veremos quién lleva el gato al agua.

—Pues ya se ve que lo veremos....

Y dieron principio á sacudirse sin compasion sendos garrotazos; lo que aumentaba mas y mas el conflicto en que nos encontrábamos. En vano vocábamos cuanto nos era posible para que nos informáran del lamentable suceso que allí tenia lugar: en vano D. Toribio se esforzaba por levantar de entre las piernas de los circustantes el objeto de su mas tierna solicitud: en vano tentaba yo por abrir la portezuela del coche.... Aquello era un laberinto imposible de describir. Doña Andrea y Pepita gritaban desahoradamente: los chiquillos se desgñitaban á llorar: D. Toribio volaba como un carretero; y yo.... yo estaba mudo, atónito, espectador pasivo de aquel concierto infernal.

Poco á poco fueron sosogándose todos: los de afuera, despues de una acalorada sesión de competencia, volvieron á ocupar sus respectivos puestos, sin dejar de lanzarse provocativas palabras y desvergonzados epitetos. El conductor de las galeras arrió sus mulas y siguió su camino; y lo mismo hizo nuestro cochero, despues de contarnos el lance ocurrido y sufrir una peluca de don Toribio. Por su parte, el canasto volvió á ocupar, con harto sentimiento mio, el lugar que le correspondia, y volvimos á emprender nuestro viaje.

A las dos llegamos al sitio que habia elegido don Toribio, y donde, segun nos habia repetido cien veces, habíamos de divertirnos. El cochero detuvo sin mucho esfuerzo los caballos á una voz de don Toribio, y corrió á abrirnos la puerta de aquel calabozo con ruedas. Por primera vez en mi vida senti que se me dudaba el corazón al ver el campo; efecta sin duda de las torturas que habia sufrido en el carruaje.—De seguro, dije para mí al ver mis buenos ánimos, de seguro me voy á divertir.

El que salió primero á tierra fué don Toribio, quien recibió en sus brazos el malhadado canasto con mas pulso que si se tratara de un cascabe de escapan. Sucesivamente fuimos saltando los restantes de aquella columna, cubiertos de sudor, llenos de polvo, jadeando y entumecidos los pies, de manera que apenas podíamos sostenernos en pié; parecíamos una tropa de inválidos ó una asamblea de gotosos. El sol vertia á torrentes sus rayos abrasadores sobre nosotros, la arena del camino abrumaba nuestras pies como si caudáran sobre un horno de fundición; no se movia el mas ligero soplo de aire, y profundo silencio reinaba á nuestro al rededor. Yo tendi la vista á todas partes buscando un parage donde pudiéramos estar á cubierto de los ardores del sol, y divisé á poca distancia una pradera de corta estension y dos ó tres árboles de escaso follaje, pero que al fin proyectaban alguna sombra. Se lo hice notar á don Toribio, y allá nos dirigimos.

Don Toribio marchaba delante, orgulloso con su carga, y decidido á no abandonarla hasta colocarla en parage seguro. Pero sin duda el grito protector de los dias de campo nos habia juendo guerra á muerte. Es el caso que D. Toribio llevaba el cesto abrazado de tal manera, que le era imposible ver el terreno que pisaba. De repente dimos un grito espantoso al ver al hombre-canasto hundir primero una pierna en un hoyo que se hallaba á su paso, balancearse despues como una torre agitada por las sacudidas de un terremoto, y en fin, perder el centro de gravedad, y desplomarse con estrépito... Tadas corrimos á impedir la catástrofe... ya era tarde! Don Toribio se habia puesto en pie, sin lesion alguna (afortunadamente); pero el desgraciado canasto no habia tenido igual suerte: apenas daba señales de vida, y la sangre salía á borbotones de sus profundas heridas. Del mejor modo que nos fue posible procuramos levantarlo; y despues de penosos esfuerzos logramos conducir al cadáver al *Sitio de descanso*. Allí quiso don Toribio que se procediera á la autopsia, para ver qué vísceras habian sufrido mayor lesion, y ocurrir á la cura con toda la prontitud que las circustancias exigian; pero despues de una detenida consulta y atento exámen de las cosas que podimo haber producido la copiosa hemorragia que se habia manifestado, se decidió que convenia dejar obrar á la naturaleza y no agravar el mal con extemporáneos remedios. Asi se hizo por consentimiento unánime de los asistentes, y volvieron á quedar las cosas en el mismo estado que tenían anteriormente.

Ahora bien quisiera pintar minuciosamente los actos, cuadros, escenas y diálogos tan divertidos que tuvieron lugar desde que ocurrió el lamentable suceso de que tenéis noticia, hasta la hora de comer. Deciros cómo nos sentamos á la sombra de un árbol, fatigados de nuestra quiétesa expedición; cómo don Toribio, consolado en parte del trágico suceso, queria que nos divirtiéramos á todo trance, y proponia para ello, entre otros medios, el de jugar á la gallina ciega; cómo los chiquillos se pronunciaron en favor de la opinión y del gusto de su papá; y en fin, cómo se cebaron suertes para ver quien habia de ser la gallina; y cómo me tocó ser la víctima; y cómo me vendá-

ron los ojos con un pañuelo de algodón; y cómo me sofocaron y cargaron y estrujaron por espacio de media hora; y cómo me... *diarri*. Pero ya que nada de esto pueda referir, en obsequio de la brevedad, figuránselo como podáis, mientras yo repaso los apuntes de esta historieta (que ya va haciéndose algun tanto pesada) para proseguir su narración.

—Las seas. Ea! A comer! dijo D. Toribio.

—A comer! repetimos en coro; y nos colocamos alrededor del aporreado canasto.

—Mira, Carlitos: tú aquí con D. Fernando; y tú, Federico, á mi lado. Y juicio! porque si no...

Mientras don Toribio llamaba al orden con estas palabras á los traviesos muchachos, iba destapando con sumo cuidado las provisiones de boca almacenadas en el canasto. De allí fueron saliendo, como de otra arca de Noé, multitud de bichos de todas especies, de que se irá haciendo mención mas adelante. Pero á medida que se iba penetrando en el fondo, una exclamacion de pasar salia de entre los circosntantes, y acompañaba á cada nuevo objeto que don Toribio sacaba del cesto y colocaba con esquisito tacto sobre la yerba. Y aquella exclamacion era motivada ciertamente; porque á penas se encontraba plato, vaso, puchero ni cazuela que no hubiera sufrido los trágicos efectos del camino. Doña Andrea contenia las lágrimas que se asomaban á sus ojos, sin duda por no turbar la alegría de un día de campo; contentándose con lamentar la torpeza de su marido y la malhadada ocurrencia de pensar en diversiones campestres. Por su parte don Toribio paraba á menudo su atención en los estragos sufridos por las vasijas que en las alteraciones de lo que contenian, qué eran de bastante consideración.

—Jesus! —exclamaba doña Andrea—no ha quedado cosa con cosa! Mira, mira lo que ha durado la jarra de china!... Bien decía yo que hubiera sido mejor traer la otra mas ordinaria.... Pues no digo nada!... las botellas hechas añicos; y el vaso tallado que en cuarenta años no habia sufrido el menor tropiezo!... Vámonos... es cosa de desesperarse... Todo se lo ha llevado el diablo! ¿Lo ves, hombre?

—Si; ya lo veo... —decía con mucha llama D. Toribio... ¿Qué se ha de hacer!... Es una desgracia; pero ya no tiene remedio... No hay mas que conformarse.

—Buena conformidad! Si tú no fueras terco, nada de esto hubiera sucedido...

—Otra vez!...

—Pues tengo razón...

—Ya escapará!...

—Todas las cosas son así!...

—Mira, Andrés; tengamos la fiesta en paz... No me inquietes con tus impertinencias, porque...

Y en este alterado, que llevaba camino de no parar en bien, dió principio la comida. Aquí se abrió á doña Andrea nuevo campo para renegar de la torpeza de su marido, y á don Toribio para dar al diablo la poca memoria de su mujer.

Todos advertíamos que don Toribio, despues de haber estado cuanto contenia el cesto y colocándolo en buen orden sobre el santo suelo, buscaba todavía alguna cosa que no podía encontrar.

—Qué buscas? —preguntó doña Andrea,—si ya no han quedado ahí mas que pedazos de cristal y loza, gracias á tu torpeza?

—Busco los cubiertos, que sin duda se han quedado en casa, gracias á tu prevision... —Y añadió dirigiéndose á mí:—Si viera V. qué mujer tan previsora me ha dado Dios!... Y que haya insensatos que se fién de mujeres para molida la cosa!...

—Cómo ha de ser! —exclamaba doña Andrea con irónica sonrisa.—Es una desgracia... pero ya no hay remedio... No hay mas que conformarse.

—Papa! —decía Federico, poniendo la ceja mas triste que podía:—papa!

—Qué quieres, hijo!

—Que me des de otro pan, porque este sabe mal... sabe á vino... Ful!... Yo no quiero de este pan...

—Hijo, agradéceselo á tu padre, que ha dado el traste con las botellas de Carriena y de Champagne, —decía doña Andrea.—Toma, hijo... pero qué!... si todo el pan está empapado en vino, que no se puede comer!...

—No se faltarán escrúpulos, —decía don Toribio.—A qué yo no dejo de comerlo por eso?

—Tú puedes hacer lo que quieras; pero yo no lo probaré... Solo el olor me ataca á los nervios...

—Y á mí también, —exclamaba Pepita, aplicando á la nariz el pañuelo.

—Huele como aquello que trajo papá de la botica para matar los chichos, —decía Federico.

La ocurrencia del niño excitó la risa general, que bien pronto fue interrumpida por un agudo grito de dolor que lanzó Carlitos, quien,

levándose ambas manos á la boca, empezó á chillar desahoradamente.

—Qué es eso, hijo?... qué tienes? —exclamó sobresaltada doña Andrea.

—Ay! ay! ay!...

—Te has mordido la lengua? —preguntaba su papá.—Vaya!... eso no es nada...

—Ay! ay! ay!... —y arrojó un pedazo de tortilla que tenia en la mano.

—Pero qué es eso?... No te gusta?...

—Ay! ay!... —y sacó de la boca un fragmento de botella que sin duda iba envuelto en la tortilla que comia, y con el que se habia herido la lengua.

—Jesus! Jesus! —exclamaba azorada doña Andrea.—Reniego de los días de campo y de... A ver, hijo, escupe, escupe... Dónde te duele?...

Pero el chico seguia llorando de todas veras y sin hablar una palabra.

—De todo esto tiene la culpa tu padre, —decía doña Andrea enjugándole las lágrimas.

—Pues ya escapará! —decía su marido;—conque yo tengo la culpa de que... —

—Si, tú; y nadie mas que tú! Si tú no hubieras sido torpe, no se hubiera caído el cesto, y no se hubieran hecho trizas las botellas, y no se hubiera lastimado Carlitos, y...

—¿Quieres callar con mil pases de... —la interrumpió colérico su esposo.

—No; no quiero callar!...

—Pues es que ya se me va calentando la cabeza; y si se lloran las medidas...

Entonces me creí en el deber de interponer mi mediacion entre los aviagrados esposos, aventurando algunas frases de paz y concordia, que afortunadamente fueron tomadas en consideracion. Reafectose un poco la calma, dejó de llorar el muchacho, y siguió la comida, que no describiré minuciosamente por no abusar de la paciencia de mis lectores. Y así, pasaré por alto los *divertidos* episodios á que dió lugar, concretándome á decir que apenas probamos bocado de ella, porque la tortilla estaba incrustada de pedazos de cristal y vidrio, nuevo género de mosaico, desconocido hasta el día; el pavo asado se convirtió en una ensalada particular; de un sabor indelimitable porque habian caído sobre él al naufragar el buque que le llevaba á bordo, todas las plagas de la nociva, el aceite, el vinagre, la sal, la pimienta, con mas, un frasquito de rom y un tarro de dulce de cabello: las truchas escabechadas y el jamon en dulce se habian casado sin dispensa: las frutas se habian hecho tortilla sin intervencion de la cocinera; las aceitunas habian formado estrecha alianza con los quesos helados, desafiando la audacia de los golosos: en fin, reinaba allí la anarquía culinaria mas completa. Así es, que á escepcion de don Toribio, que, segun decia, era poco escrupuloso, los demás apenas tocamos á la comida.

Finalizada esta, con gran satisfaccion por mi parte, recogidos los poros intensivos de loza que se habian salvado de la catástrofe, y renegando cada cual á su manera de las inocentes *diversiones* del campo, volvimos á entrar en el coche; y antes de hora y media nos apeábamos á la puerta de la casa de don Toribio.

Y no se crea que aquí dieron fin las diversiones del día: aun nos faltaba la mejor de todas. Despues de veinte minutos empleados en subir la eterna escalera que conduce á la habitación de don Toribio, nos encontramos con que doña Andrea se habia olvidado de llamar la llave de la puerta, y el criado se habia acordado de sacar á pasear á la criada, contando con que los señores no volverian de su campestre esposicion hasta las nueve ó las diez de la noche.

Esperamos un cuarto de hora... media hora... los criados no parecian.

Don Toribio fue de papaver que bajáramos al cuarto segundo mientras aquellos venian; pero su mujer lo creia escusado, creyendo que doña Prisca (que era la inquilina) habria salido á pasear con sus hijas. En esto oimos cerrar una puerta, que don Toribio dijo era la del cuarto segundo.

—Pues es señal de que estan en casa, —dijo— y echó á andar hacia el cuarto segundo, y nosotros tras él.

Tiró del cordón de la campanilla, y se abrió la puerta... Otra diversion nos esperaba. Doña Prisca daba aquella noche un baile á sus contentidos, para celebrar los días de una de sus hijas.

—Tanto mejor, —dijo don Toribio en ademán de entrar:—con eso nos divertiremos un rato... Vamos... ir entrando.

Si mis lectores no han olvidado que yo llevaba puesta la chupeta de mahon de don Toribio y el gorro que sirvió á su ayuda de cámara para ir á las máscaras (segun declaración de Federico), podrán formar una idea del apuro en que me encontraria, en visperas de presentarme en un baile, si no de gran tono, decente por lo menos.

Don Toribio nos instaba á entrar; pero yo me resistia tenazmente, mostrándole mi traje poco adenuado.

—Qué escrúpulos! Aquí puede V. entrar como en mi casa: son personas de confianza.

—Pero hágase V. cargo...

—No hay cargo que valga... Ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos.

—No, no: es imposible.

—Cómo imposible?—Y me cogió por un brazo, decidido á arrastrarme consigo á la sala del baile.

—Por Dios! D. Toribio...

—Adentro!...

—Ya estan aquí!—gritó desde fuera doña Andrea.

Aquellas palabras me volvieron la vida. Efectivamente los criados subian la escalera.

Don Toribio me soltó para ir á echar una peluca á sus domésticos, verificado lo cual, volvimos á subir á su habitacion. Allí arrojé la chaqueta y el gorro, tomé mi ropa, me despedí de mis compañeros de fatigas, dándoles las gracias por los ratos divertidos que me habian proporcionado, y sali de allí con propósito firme de no volver á ver el campo lo menos en un año, voto que he cumplido hasta el presente sin gran trabajo.

No concluiré este artículo, amables lectores, sin daros un consejo. Si en algo apreciáis vuestro bienestar, no asistais jamás á un dia de campo; y si lo haceis, pensadlo bien antes; y si lo pensais bien antes, no vayais despues. Dos cosas hay en la vida que exigen meditarse mucho, porque despues de hechas no tienen remedio: una es el casarse; otra asistir á un dia de campo.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

EL AMOR DE LOS AMORES.

Cántiga primera.

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Qué me dirijo á ti, ¡dulce amor mio!
Cuando lleven al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?...
A ti, sin nombre para mí en la tierra,
¿Cómo te llamaré con aquel nombre
Tan claro que no pueda ningun hombre
Confundirlo al cruzar por esta sierra?
¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de ti; que me lamento sola
Del Géyora que pása fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?
Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venia?
¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,
Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?
¿Y por qué de mi vista has de esconderte?
¿Por qué no has de venir si yo te llamo?
¿Porque quiero mirarte, quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!
¿Quién nos ha de mirar por estas vegas,
Como vengas al pié de las encinas,
Si no hay mas que palomas campesinas
Que están tambien con sus amores ciegos?
Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.
Y no temas si alguna se despierta;
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque despues lo cante al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

Cántiga segunda.

Como lirio, del sol descolorido,
Ya de tanto llorar tengo el semblante;
Y cuando venga mi gallardo amante
Se pondrá al contemplarlo entristecido.
A cada instante lavo mis mejillas
Del fresco manantial en la corriente,
Y te vuelvo á esperar mas impaciente

Cruzando con ahan las dos orillas.

A la gruta te llaman mis amores;
Mira que ya se va la primavera,
Y se marchitan las lozanas flores
Que traje para tí de la ribera.

Si estás entre las zarzas escondido
Y por verme llorar no me respondes,
Ya has visto que he llorado y he gemido,
Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.

Tú pensarás tal vez, que desdeñosa,
Por no enlazar mi mano con tu mano,
Si te me acercas correré hácia el llano
Y á los pastores llamaré medrosa;

¡Pero te engañas, porque yo te quiero
Con delirio tan ciego y tan ardiente,
Que un beso te iba á dar sobre la frente
Cuando me dieras el Adios postrero!!

Cántiga tercera.

Pero ¡te llamo yo, dulce amor mio,
Como si fueras tú mortal viviente!
Cuando solo eres luz, eres ambiente,
Eres aroma, eres vapor del rio.

Eres la sombra de la nube errante,
Eres el son del árbol que se mueve;
Y aunque á adorarte el corazón se atreve,
Tú, solo en la ilusion eres mi amante.

Mi amor, el tierno amor por el que lloro,
Eres tan solo tú, señor, Dios mio,
Si te busco y te llamo, es desvario
De lo mucho que sufro y que te adoro.

Yo nunca te verá, porque no tienes
Ser humano, ni forma ni presencia;
Yo siempre te amaré, porque en esencia
A el alma mía como amante vienes.

Nunca en tu frente sellará mi boca
El beso que al ambiente le regalo;
Siempre el suspiro que á tu amor exhalo
Vendrá á quebrarse en la insensible roca.

Pero cansada de penar la vida,
Cuando se apague el fuego del sentido,
Por el amor tan puro que he tenido,
Tú me darás la gloria prometida.

¡Y entonces, al ceñir la eterna palma,
Que ciñen tus esposas en el cielo,
El beso celestial que darté anhelo,
Llena de gloria te dará mi alma!

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla.

GEROGLIFICO.

